

Sociología de la Cosmovisión y del Sistema Educativo

Por el Dr. F. CARMONA NEN-CLARES. Catedrático de la Universidad Nacional de México y de la Escuela Normal Superior. Ponencia presentada en el Segundo Congreso Nacional de Sociología, celebrado del 12 al 16 de octubre de 1951 en la ciudad de Guadalajara, Jal. México.

I

UNA pregunta abre nuestra exposición: ¿por qué hay Sociología? La respuesta es bien sencilla. Hay Sociología porque hay seres humanos; la habrá en tanto que los haya. Dado que la vida presenta en cada uno de nosotros —en su triple unidad funcional, por decirlo así— un nuevo ensayo de realización o una aventura más en el orden somato-psíquico, una forma única, singular, de convivencia, y una actitud irrepetible ante los impulsos y valores que estructuran aquella convivencia, nunca habrá Sociología acabada porque tampoco hay una vida acabada y conclusa. Entendemos lo acabado, en la dimensión de la vida y la histórico-sociológica, como la realización de la plenitud.

El devenir sociológico fluye en una sola dirección: la que señala el inagotable ensayar. Vida, Historia y Sociología nos empujan, mientras vivimos, hacia adelante; llevan en su seno un ansia de supervivencia, independientemente de los individuos, los hechos y las conexiones sociales. Toda vida es una vida nueva, ávida del futuro que alumbra y anticipa en su transcurso, pero cada ensayo tiene algo de común con los otros: el

equipo inicial, las bases orgánicas de la conducta. En este aspecto, cada individuo es la variante de un modelo único. De la intrínseca disposición del equipo individual, al conjugarse sus impulsos con las fuerzas transpersonales que operan en la existencia (comunidad, cultura, etc.), adquiere nuestro existir carácter personal. A partir de entonces, y por la conjunción mencionada, cada individuo es él mismo; su existir, persona y destino. O sea, una entidad insustituible tanto como un esquema fragmentario, fallido, de plenitud. La nostalgia de la inasequible plenitud constituye, entre los rasgos más auténticos, uno de los radicales del ser humano.

En suma, el fluir inacabado de la Sociología, el que la Sociología no termine, proviene de nuestra fragmentaria plenitud. De que no somos el ser sino el individuo. Ningún ser humano alcanza nunca la calidad humana total. Jamás Nuestra dotación biopsíquica, el equipo inicial, y el hecho de que sólo en su propio transcurso obtenga esta iluminación suficiente impiden el logro de dicha plenitud. En otras palabras: la fragmentaria plenitud es cosa de las glándulas tanto como de las circunstancias del humano convivir. El hombre no puede ser amputado de su fondo biológico ni de su fondo histórico-social.

Pongamos aparte la primera conexión, el lazo biológico. Aquí nos interesa la segunda, el fondo histórico-social. Pues bien, la inasequible plenitud humana resulta, a la larga y a la corta, una vivencia capital. Es nostalgia, anhelo y apremio; surge en la propia vida individual revestida en la forma de pregunta acerca del universo y de la vida misma; cristaliza en una cosmovisión, imagen o estructura intuitiva del mundo. Así aparece en la historia de la cultura al tomar, el investigador, la perspectiva sociológica; aparece, además, dotada de instituciones donde se encarna aquella pregunta y la respuesta encontrada.

Por lo tanto, en cada cosmovisión —o en toda cosmovisión— se trata de algo último en dos direcciones distintas: a) al preguntarse por el sentido del universo y de la vida se transparenta en la pregunta, querámoslo o no, el hecho de reconocernos articulados en un orden cósmico; b) la pregunta está hecha desde una perspectiva total del mundo y de la vida, que ordena ella por sí, los valores donde se expresa la propia existencia; c) en la pregunta se implica la pretensión de que la vida no está ahí para ser gozada sino para darle sentido mediante un comportamiento fijado por los valores de la cosmovisión; su ordenamiento proviene de la perspectiva desde donde se formula la pregunta por la significación del

mundo y de la vida. Ahora bien, en la palabra “perspectiva” incluimos, tantas veces como se mencione, la situación social subyacente al individuo.

Cabe inquirir cuáles son los ingredientes de una cosmovisión. No son sino axiológicos. Los encontramos de variada estirpe: el apremio, el anhelo del ser, la nostalgia de la plenitud humana, que en nuestra existencia se encuentra fragmentada, dan al existir el acento íntimo de inseguridad, incoherencia, mudanza y azar, etc. El corazón quiere seguridad y el conocimiento arroja inseguridad, desconcierto. Nuestra impotencia para dirigir las fuerzas fundamentales, biológicas y culturales, tal como nos embargan a cada uno, adquiere en la cosmovisión, cualquiera que sea la imagen del mundo de que se trate —griega, cristiana, renacentista— el carácter contrario. La inseguridad radical en que nos movemos alumbrada en el seno de la cosmovisión la seguridad acerca del significado del universo y de la vida; no sólo la seguridad sino también, añadimos, la conciencia de poseer la certeza acerca del cosmos y de nosotros mismos; de poseer, no de conocer. Tocamos aquí una especie de catársis —de purificación, autoliberación y objetivación, si se quiere—, apenas examinada.

La cosmovisión representa, pues, una actitud esencial del ser humano ante la vida. Es un saber, no un conocimiento. El tipo de su formulación proviene de la realidad social subyacente. Cada imagen cósmica destaca la respuesta dada a la pregunta por el sentido del universo y de la vida. Una pregunta que se hace en la vida y mientras se vive, cuya condición de existencia es la propia vida y cuyo lenguaje dimana de la realidad histórico-social concreta. ¡Cosa curiosa! El sentido descubierto en el universo imparte sentido y significación a nuestra singular existencia en el universo. La socializa y objetiva. El sistema educativo es, precisamente, aquel instrumento de que cada cosmovisión se sirve para advenir a la existencia individual y modelarla —es decir, socializarla, objetivarla—, conforme a dicha dirección y sentido.

Todos los valores que integran la vida humana están presentes en cada imagen del mundo. Aparecen siempre, en tanto que imagen del mundo, en la forma de constelación o estructura. El principio de orden de la constelación, el principio arquitectónico de la estructura, está implícito en aquel valor al cual la cosmovisión señala con el carácter más valioso. De él dimana la respuesta acerca del sentido de la vida que cada cosmovisión pregunta. De aquí, además, que se le tenga por más valioso; en esa medida indica el centro axiológico de la cosmovisión y el cánón ordenador de los valores que respecto de él tienen órbita planetaria.

Ninguna cosmovisión puede comprobarse, en relación a la verdad, ni rechazarse en relación al error. Porque no se trata en ellas del conocimiento-causa sino del saber de justificación. Son, cada una por sí, la cifra de un anhelo, no la transcripción de una serie causal. Cada una determina el lugar que ocupamos en la articulación cósmica y lo que somos, por el valor más estimado: aquél donde aparece la respuesta a la pregunta por el sentido de la vida. Revelan nuestro valor por lo que, en último término, estimamos el valor supremo. Cada una, en fin, desprende una serie de normas; en el valor supremo encarna la norma suprema, donde debemos buscar el cimiento ético de la cosmovisión, el imperativo del comportamiento. Tales normas actúan como causas del comportamiento inter-individual y no son, insistimos, fenómenos que establecen ellos mismos su causalidad. La vigencia histórico social de una cosmovisión está ligada, por lo demás, al cumplimiento de la serie jerárquica de normas que implica.

El que una cosmovisión sea efectiva, como situación y circunstancia, proviene de que haga posible el encaje dialéctico entre los impulsos reales y los factores espirituales.

La Historia se ofrece a nuestra vista —en una perspectiva sociológica— como un eslabonamiento de imágenes del mundo que coexisten y se intercomunican, siendo insubstituibles una por otra. Cada una está condicionada por la precedente y anuncia la que sigue; al menos, en la serie que constituye nuestro fondo histórico: cosmovisión indo-aria, griega, greco-romana-cristiana. Podríamos establecer más de una serie, pero sólo nos interesa por el momento la señalada.

En ella, como en las otras, es factible subrayar, aislándolos así, elementos o factores constantes y elementos o factores variables. Constantes culturales llamamos a los principios en que cristaliza la expresión de toda vida individual o de grupo: la ciencia, el arte, la religión, la técnica, la economía, la educación, etc., son, entre las que pueden mencionarse de primera intención, constantes culturales. Principios invariantes. Lo dicho se comprueba, por si fuera necesario, en dos dimensiones: a) porque dan forma interior a la vida personal; b) porque entretejen la urdimbre de la vida social. En cuanto categorías personales son la forma posible de nuestra existencia; en cuanto individuales, el contenido de toda vida humana concebible; en cuanto sociales, representan la objetivación de la vida individual en signos, instituciones y normas donde se expresa el sentido o significación del universo y de la vida. Variables culturales son, por último, los distintos exponentes con que, cada cosmovisión, reviste los factores cons-

tantes. Una constante cultural, sería, por ejemplo, la educación; la variable de esa constante para la antigüedad, el sistema educativo griego.

II

Lo que debemos retener para enlazarlo con lo que sigue es: a) lo más elemental que puede decirse del ser humano es que representa un nuevo ensayo individual, una especie de gratuita aventura más. Esto no adelanta ningún juicio; b) cada individuo representa, además, la conjugación de un equipo biológico y de las fuerzas transpersonales —la realidad social subyacente— que operan en su momento histórico. Temperamento, carácter y destino quedan fundidos en el cruce de lo conjugado; c) la pregunta acerca del sentido del universo y de la vida proviene de la naturaleza fragmentaria de nuestra existencia. Aparece en la historia de las ideas en la forma de cosmovisión. Una cosmovisión es una respuesta y sus ingredientes, axiológicos. La realidad cambia según el valor que utilizamos como perspectiva última; d) una cosmovisión es el ordenamiento de todos los valores conforme a la arquitectura requerida por el valor que se admite más valioso. Este valor se traduce, por referencia al comportamiento, como norma. Al cumplirla realizamos en nuestra propia existencia la respuesta que la cosmovisión en que coexistimos haya dado a la pregunta por el sentido de la vida; e) en una cosmovisión encontramos elementos constantes y variables; cada cosmovisión encarna en un valor único, que tiñe de su propia naturaleza los valores restantes; el valor que culmina como sentido del mundo es el que moldea, por eso, nuestra forma de vida y el motor último, repetimos, del comportamiento.

Nuestra inseguridad vital —nuestra condición humana—, se transforma en la cosmovisión en seguridad por obra de la catársis. Punto ya mencionado a cuya consideración volvemos.

¿Qué entendemos por catársis o acción catártica? Fué en la estética griega donde apareció el término; en la concepción aristotélica, por ejemplo, se entiende la catársis como la “expurgación de las pasiones por la contemplación de la obra de arte”; la expurgación consiste, por lo tanto, en el descubrimiento y restablecimiento de nuestra armonía interior por la presencia de la armonía de la obra de arte. Nosotros hemos ampliado la significación hasta hacer coincidir catársis y cultura; o sea, la acción de la cultura sobre el individuo es de índole catártica, es la catársis. ¿Por

qué? Dicha acción puede compararse a un proceso realizado en dos movimientos de dirección contraria, pero articulados e inseparables: a) el impulso de objetivar lo subjetivo; b) la proyección reversible de lo objetivado sobre la subjetividad individual. El primer movimiento es un impulso de expresión, de autoenajenación expresiva, que requiere olvidarse del ser personal. Lo que los individuos sienten, quieren y piensan no queda encerrado dentro de ellos mismos; por el segundo movimiento, el sujeto adquiere conciencia de sí, capacidad de autoliberación al recibir el impacto de su propio fruto. El individuo se realiza en su obra o en su conducta que, ya realizadas, se hacen independientes del realizador; entre tanto, le es permitido y posible encontrarse a sí mismo en ellas. En resumen; por la autoenajenación catártica, el individuo se descubre y descubre el significado del universo y de la vida. 3

La educación tiene, en su historia, la peculiaridad de presentarse siempre como sistema; es decir, como un conjunto de actos dirigidos a mantener la vigencia de una determinada cosmovisión derivando de ella el reconocimiento y ejecución de una norma de conducta inter-individual. En la norma cristaliza la conciencia del deber frente a uno mismo, la comunidad y el universo como totalidad de sentido. El sistema educativo elabora, además, un método para materializar como transmisión o enseñanza propiamente dicha, el significado de que es exponente la cosmovisión, sus normas ético-culturales y el lugar en que según ellas, se establece el ser humano en el mundo.

Por lo tanto, la educación recoge en su forma específica, que es el sistema educativo, tres preguntas y tres respuestas, correlativas dos a dos, de la siguiente manera:

a) *¿Qué es el mundo, qué es el ser humano?*

La respuesta se imparte en el sistema educativo elaborado por la cosmovisión de que se trate; toda cosmovisión hace la pregunta.

b) *¿Cuál es el mejor tipo de conducta individual y social, dada la significación del mundo y de la vida; cuál es la forma de vida deseable?*

La respuesta la encontramos en los fines educativos presupuestos por el sistema educativo.

c) *¿Cuál es el procedimiento para hacer patentes en la conciencia del sujeto los puntos "a" y "b", actuando desde fuera de tal modo que ella*

por su propio desarrollo, movido por la incorporación paulatina del saber, cristalice en lo propuesto por ambos puntos?

La respuesta se llama, en su fórmula más amplia y general, ciencia de la educación.

Hay que consignar, ateniéndose a la brevedad, la vinculación existente entre la persona individual y la cosmovisión en que convive. O sea, entre la persona y la realidad social, pues no se trata de otra cosa.

Una imagen del mundo es para quien la tiene, el mundo mismo. Cada persona está ligada, interior —por la forma de vida— y exteriormente —por la convivencia— a su imagen del mundo; la vinculación se establece a través de tres etapas cuyo desarrollo es gradual. Cada una se desarrolla en la medida que lo hacen las otras.

La primera tenemos que describirla como el mundo íntimo, espiritual, experimentado como sentido o significación del universo, de la vida —al que en ningún momento o circunstancia empírica cabe dar una fórmula completa, objetiva, pero que tiene para el sujeto una evidencia indudable, aunque inefable, y le guía en sus juicios y conducta. La segunda es el mundo ya objetivado, sabido, que el sujeto separa de sí y frente al que puede tomar actitud y adquiere responsabilidad. Cualquiera que sea la actitud que le requiera, no pierde conexión con él, que puede recibir incremento y contenido de la etapa primera. En la tercera encontramos el mundo ya conocido, sin asimilar quizá y de asimilación factible; en tanto se convierte en un mundo sabido, actúa sobre la etapa segunda y puede modificar nuestra capacidad estimativa y nuestro comportamiento.

El sistema educativo trabaja al mismo tiempo sobre las tres etapas mencionadas. No importa precisar, ahora, la cosmovisión que lleve implícita. Está dirigido a las tres. Cubre a la persona total: bipsique, actitud axiológico-normativa y capacidad para el ajuste con la realidad social subyacente.

III

Lo que debe retenerse, como la vez anterior, para enlazar con lo que sigue es: a) sólo pueden hacerse subjetivos, los contenidos culturales objetivos de una cosmovisión, utilizando como perspectiva la elaboración objetiva de los valores realizada por la propia cosmovisión. Los límites de esa elaboración son, para cada imagen del mundo, peculiares e infranquea-

bles; al rebasarlos resulta la consecuencia de una nueva actitud ante el universo derivada de un nuevo sentido descubierto en él. Perspectiva óptima para analizar esta aventura de las ideas la proporciona el sistema educativo, pues le toca elaborar la unidad psicológica y establecer una comunidad de ideas, valores y hábitos; b) el elemento irreductible de variación entre las diversas imágenes del mundo anima, en la forma más destacada y plena, cada sistema educativo. Lo cual nos obliga a considerarlo como la última diferencia entre aquéllas.

Tomemos un ejemplo: el sistema educativo griego.

Lleva el nombre de *paideia*. La palabra se descompone en dos raíces, que significan *niño* e *idea* o *modelo*, respectivamente. El sistema tiene, por lo tanto, arquitectura antropocéntrica, al considerar que el ser humano, el microcosmo del macrocosmos, está colocado en el centro del universo, pero no en el centro físico —por decirlo así— sino en el biopsíquico-noético. También las raíces mencionadas nos permiten concebir que, desde el punto de vista griego, cada individuo lleva latente, potencial, el modelo de sí mismo. La educación despierta en el sujeto el recuerdo de ese modelo, que el sujeto alumbrará en su propio ser por obra de ella.

El espejo de la armonía del cosmos es el alma humana. Así como la armonía cósmica podemos percibirla abriendo los ojos y trazando figuras geométricas (el universo está escrito en caracteres geométricos), según dijera Pitágoras y repite Platón, la armonía psíquico-noética es el resultado del esfuerzo y sólo se logra por la educación, que convierte lo potencial en actual o real. Pues nuestra posible armonía es ese modelo latente en cada uno de nosotros; logramos autoiluminarlo por el saber. La forma de armonía suprema se identifica con el tipo de saber supremo, o saber por la causa, que desde Aristóteles recibe el nombre de Filosofía. El griego establece de una vez para siempre, y de modo indestructible, la conexión de Filosofía y Pedagogía.

El individuo vive espontáneamente, según estado de naturaleza, una serie de situaciones, íntimas e inarmónicas, donde puede olvidar —a veces— que lleva en sí su propio modelo, su armonía singular e intransferible. La gimnasia, danza y coro, la música (de la cual, el exceso debilita, afemina, y la carencia embrutece), la matemática, la poesía y la filosofía son aquéllas actividades, y por ende aquéllas materias de estudio, que permiten recordar, restablecer o impartir, la armonía. Que, en su acepción o constelación más plena cubre tres niveles articulados entre sí: la armonía con el universo, con uno mismo y con la *polis*. La arquitectura de la *paideia*

tiene como arquitrabe a la *polis*, es decir, a la realidad social subyacente al individuo.

Las situaciones inarmónicas vienen producidas por nuestra triple naturaleza vegetativa, sensitiva y racional. Cada una de las dimensiones de la triplicidad tiene su virtud propia, su cánón armónico. Para lo vegetativo, la temperancia; para la sensibilidad, la moderación; para lo racional, la sabiduría. La *polis* reconoce una estructura similar, pues el Estado es el hombre grande, según la teoría platónica. De aquí que las virtudes ostenten, de concebirlas al modo griego, el triple aspecto de ser elementos del conocimiento o formas del saber, elementos éticos o formas de vida y líneas de conexión con la realidad social subyacente, en indisoluble lazo. El proceso de su desarrollo en el individuo, que las encarna de manera latente, es la *paideia*: el sistema educativo.